

HOGAR, DULCE HOGAR

Por segunda vez en lo que va de noche, llora con rabia. Sin anunciarse, y de rondón, hace ya más de cuarenta veranos que la canícula se cuele por las rendijas de su casa y, aunque finja saber convivir con ella, las aspas de su maltrecho ventilador solo sirven para hacerle mala compañía. Como graznidos de cuervo, gritan y chirrían sin parar, pero apenas agitan ya ese aire que hoy percibe especialmente amargo.

Diez minutos después de que las gastadas agujas de su *Radiant* hayan logrado escapar del siete, la señora Feli consigue sentarse con torpeza sobre su mullida butaca —en otro tiempo, de un ocre radiante, ahora ya color tierra mojada, casi barro—, y descansa sus acabadas manos sobre el hule de la mesa, hasta sentir, de nuevo, lo que siempre le fastidió y hoy necesita más que nunca: que se peguen a él, que el mantel las agarre, las atrape, y no las suelte.

Mientras espera, y sin saber muy bien por qué, gira la cabeza con minucioso cuidado hasta permitir que su experta mirada explore y revise cada rincón de la habitación más amable de su casa. Sobre el mueble de formica que su marido y ella compraron un año antes de que él la dejara en paz para siempre, consigue distinguir las fotos de los suyos, que ayudan a alejar, por un rato, su peor pesadilla: la Loli y su novio en el bar de Hortaleza, cuando aún no sabían que tendrían que buscarse la vida fuera, en Australia; su hija Juana vestida de un blanco demasiado immaculado, tal y como ella adivinó el mismo día de la boda; las navidades del año que la droga les robó para siempre al Dani; el marido de su hija Silvia vestido de Guardia Civil; Julián, Carmen, la familia en Gandía frente al mar... Y al fondo, ella, demasiado repeinada, el día que su nieta Yesi llegó a ser doctora sin haber estudiado medicina. Nunca lo

entendió, pero qué importaba un detalle como ese para poder chulearse con sus incrédulas vecinas.

Aún son las ocho. Tiene tiempo para seguir comprobando que sigue ahí, sobre la tele, el paño blanco de punto de garbanzo que tanto le costó tejer a ganchillo; el cuadro de "La Última Cena" en alpaca frente al reloj que jamás funcionó; los cuadernos cuadriculados con cuentas eternas y la figurita de algún trasnochado papa, de falsa porcelana color gris oscuro, tan sombría y artificial como la palabra de honor de los embaucadores.

Llaman al timbre a las nueve en punto. Todo besos, abrazos, sonrisas fingidas... y mucho miedo. De pronto cae: debe recoger solo aquello que necesite. Lo demás irá a la basura, porque ya, poco importa. Y mientras, llega y llega gente. Más de veinte personas. Jóvenes que no conoce de nada, pero sabe que están allí para ayudarla. Un chaval fuerte —que le recuerda a su Dani en los mejores tiempos— arrastra con furia el frigorífico hasta la puerta de entrada de su (ya) desamparado hogar.

De pronto, una plaga de pisadas, brascas y rotundas, suben por la escalera hasta el rellano de su cabeza. Muchas manos anónimas la agarran con fuerza. Ella se deja. Una voz de autoridad grita con mando al otro lado:

—¡Atención! ¡Doña Felicidad Ruilova Carreño, se va a proceder al desalojo de su casa!

De pronto, desde la calle, un estruendo inesperado y solidario vibra al unísono con empeño: "*¡ARRIBA LAS MANOS, ESTO ES UN ATRACO!... ¡ESTE DESHAUCIO LO VAMOS A PARAR! ¡ESTE DESHAUCIO...!*".

Ella, entre conmovida y ufana, sonrío a todos con calma, convencida de que ahora, más que nunca, habrá que resistir.